





CORRVPTA
ROMA





CORRVPTA ROMA

PEDRO ÁNGEL FERNÁNDEZ VEGA

 *Editorial El Ateneo*

la esfera  de los libros

Fernández Vega, Pedro Ángel

Corrupta Roma / Pedro Ángel Fernández Vega. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo ; Madrid : La esfera de los libros, 2017.

464 p. ; 24 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-0907-6

1. Divulgación. 2. Historia Antigua. I. Título.
CDD 909.07

Corrupta Roma

© Pedro Ángel Fernández Vega, 2015

© La Esfera de los Libros, S. L., 2015

Derechos exclusivos de edición en castellano para la Argentina, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Perú y Bolivia

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros - España

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2017

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición en España: septiembre de 2015

1ª edición en Argentina: agosto de 2017

ISBN 978-950-02-0907-6

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en agosto de 2017.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	15
<i>Introducción</i>	17
I. LA BURBUJA DE LOS BOTINES DE GUERRA	21
Las estrecheces presupuestarias durante la guerra	22
Deudas y tierras.....	25
Los triunfos y los botines durante la Segunda Guerra Púnica	28
Un nuevo orden mundial	30
La escalada de los triunfos.....	34
Dos triunfos excepcionales	37
El triunfo de Manlio Vulsón.....	39
La <i>luxuria</i>	41
Una economía de guerra	44
II. CONFRONTACIÓN POLÍTICA Y ESCÁNDALOS DE CORRUPCIÓN ...	47
Familias y facciones	48
El debate historiográfico	50
La familia de los Escipiones y la guerra	53
Los debates en el Senado: Fabio <i>versus</i> Escipión.....	55
El caso Pleminio.....	57
La comisión de investigación	59
La molición de Escipión en Siracusa.....	62
Las facciones tras la guerra: la tercera vía	64
La facción tradicionalista bajo el liderazgo de Catón.....	69
Líderes en liza.....	72

Líderes en la arena electoral	75
El cénit de los Escipiones: Nasica y Lucio Cornelio Escipión.....	78
Un cambio de tendencia.....	82
Un relevo entre rumores.....	84
El caso Glabrión o la codiciada censura.....	88
¿Un caso de apropiación indebida?	91
Toma de posiciones	94
Los triunfos cuestionados.....	96
La ofensiva escipiónica: las operaciones de Vulsón, a debate en el Senado	99
Catón <i>versus</i> Escipión.....	101
Alta traición, sobornos y aspiración a la realeza.....	102
Un proceso político contra el Africano	105
La marcha al Capitolio.....	107
La intercesión de Tiberio Sempronio Graco.....	109
El exilio de Escipión el Africano en Literno.....	112
El proceso a Lucio Escipión: apropiación indebida	116
Los implicados en la causa contra Lucio Escipión: una trama corrupta.....	118
Condena de Lucio Escipión.....	122
Las consecuencias del proceso y la rehabilitación de Lucio Escipión	125
El controvertido triunfo de Marco Fulvio Nobílior.....	129
Los juegos de la victoria	131
El triunfo de Manlio Vulsón: ¿guerra o latrocinio?	134
Botines, veleidades y corrupción.....	136
El discurso ideológico de la corrupción	141
La confrontación como marco de definición política.....	143
Partidos, facciones o familias	145
III. EL PUEBLO DE ROMA ANTE LA CORRUPCIÓN.....	153
Asambleas y tribunos	154
Los contratistas y la financiación de la guerra	157
El fraude de los naufragios.....	161

La asamblea reventada.....	164
La amenazante rebelión civil.....	167
El tributo y el rentable depósito en el tesoro público.....	169
Los ricos, los poderosos y la plebe	171
El espléndido aislamiento.....	174
Un censor anticorrupción con apoyo popular	177
La censura más rigurosa	181
Control del gasto y lucha contra la corrupción.....	184
El dinero, la moral y la corrupción.....	187
IV. LA PLEBE DE ROMA: TUMULTOS Y TRAUMAS SOCIALES	193
Terror y devastación	195
La <i>plebs</i> , la <i>nobilitas</i> y el hijo del carnicero	199
Esclavos, reos, prisioneros y cobardes	202
Las matronas en la calle.....	205
La ruptura de la <i>pax deorum</i> , el estupro de las vestales y el control de las matronas	207
Promulgación de la Ley Opia contra el lujo	211
Defecciones y estado de sitio	214
Las secesiones de aliados	218
<i>Corrupta Capua</i>	221
El entramado aristocrático: parientes, rehenes y facciones	225
Un Senado corporativo y una política férrea	229
<i>Hannibal ad portas</i>	233
Pánico y tumultos. El punto álgido	236
<i>Peripateia</i> : la nueva Roma.....	238
Represalias de guerra.....	241
¿Un suicidio colectivo o un sacrificio dionisiaco?.....	243
La ejecución del Senado de Capua.....	245
<i>Capua delenda est</i>	248
Quejas de los vencidos.....	250
Terrorismo campano	252
La versión oficial	254
El pueblo entregado	257
El pueblo tumultuoso	259

La insumisión de las doce colonias	261
El terror del Senado.....	264
Cansancio y desconfianza: la plebe pide cuentas	266
Asdrúbal llega a Italia: angustia y rumores.....	269
El júbilo de Roma: hacia el final de una guerra victoriosa ...	271
En la distensión... un balance de natalidad y bajas	274
La plebe urbana: vulnerabilidad y protección.....	276
Inmigrantes y desastres.....	280
La vuelta al campo y el alivio de la presión urbana	283
Los colonos obedientes y los fugitivos.....	284
Los ajustes de cuentas: suplicios, violaciones, confiscaciones	288
La plebe hace frente al Senado. Una nueva guerra	291
Senado y pueblo romanos.....	293
<i>Nobilitas</i> y <i>plebs</i>	295
Cautivos, esclavos, sometidos.....	297
Revueltas de esclavos.....	299
La <i>turba</i> contra la ley. Un escrache	303
Fraude y supervisión del crédito	306
Fraudes de los latinos.....	308
Tumultos y traumas sociales	311
V. MUJERES, DIOS Y HELENISMO CORRUPTOR.....	315
Las púdicas matronas	316
Las matronas con dote... y las resueltas	318
El adulterio: sumisión, repudio y ejecución	320
Una sociedad de consumo y modas	322
Gustos helénicos.....	324
Los botines artísticos.....	327
Los Libros Sibilinos	329
Las consultas de los Libros del Destino y el Senado	331
Oráculos y expiaciones	334
Lectisternios y nuevas diosas	336
El oráculo de Delfos anuncia la victoria	339
Una calma tensa	342

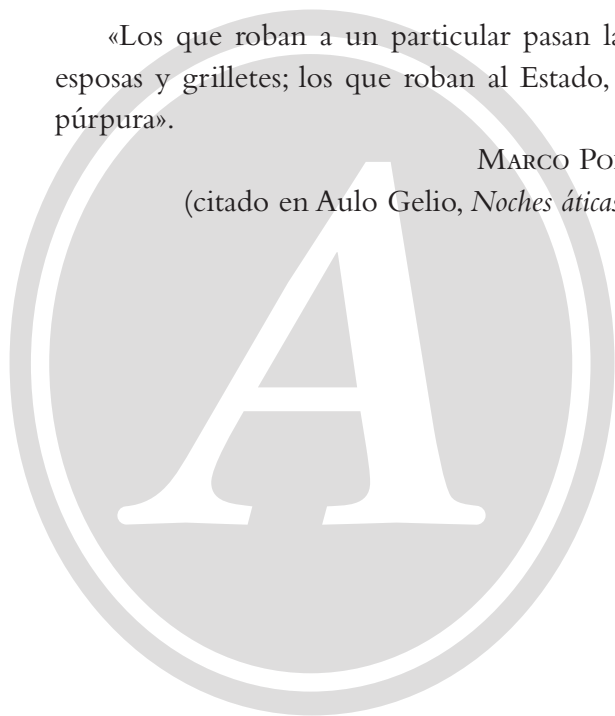
Una religión nueva en manos de sacrificadores y adivinos ...	343
Represión policial y conato de insurrección en el foro	346
Libros sagrados y cultos foráneos.....	347
Las profecías de Marcio.....	350
Los juegos públicos: entre la religión y la gloria personal .	353
Procesiones de matronas y vírgenes.....	356
La vestal apaleada: un último episodio con víctimas humanas.....	359
La apoteosis del Africano y de Publio Licinio Craso	360
Los definitivos vaticinios de la victoria: en torno al debate de invadir Cartago.....	362
La decisión de introducir el culto a la Gran Madre	365
La Gran Madre camino de Roma	367
Las matronas, la diosa y el mejor hombre de Roma	369
Música, orgías y eunucos	371
De inhibiciones, prohibiciones y salvaciones.....	373
El fin de las zozobras bélicas: la dimensión lúdica	376
El pontífice máximo y la primavera sagrada	379
Los juegos helenizantes.....	382
Rigor ritual frente a una ortodoxia de nuevos contenidos....	384
Los cultos foráneos	386
El helenismo en tela de juicio	388
Una vida a la griega.....	391
La <i>luxuria peregrina</i>	393
 VI. CORRUPTA ROMA	 397
Crítica y control de la información.....	397
Las formas de la corrupción.....	400
Los desastres de la guerra y la protocorrupción	402
Democracia y capacidad de acción popular	403
El imperialismo como motor de acción política y militar	406
La corrupción en los triunfos.....	409
La riqueza como móvil de la corrupción.....	411
Empresarios, banqueros y senadores	412
<i>Imperatores</i> y botines.....	414

El helenismo como factor de corrupción	417
La represión de la corrupción	421
<i>Apéndice cartográfico</i>	425
<i>Bibliografía</i>	429
<i>Fuentes clásicas y traducciones</i>	451
<i>Índice onomástico</i>	453



«Los que roban a un particular pasan la vida entre esposas y grilletes; los que roban al Estado, entre oro y púrpura».

MARCO PORCIO CATÓN
(citado en Aulo Gelio, *Noches áticas*, 11, 18, 18)





AGRADECIMIENTOS

Hemos pretendido acercar al lector a la civilización romana sin barreras idiomáticas, para lo que ha sido decisivo el empleo continuado de las traducciones ya publicadas de autores clásicos. Nuestro primer reconocimiento de gratitud se dirige a los filólogos de cuyo trabajo se nutren las citas, aunque las hemos revisado y modificado puntualmente.

El estudio ha sido posible gracias a los fondos bibliográficos de las bibliotecas de distintas universidades —Valladolid, Salamanca, Barcelona, Pamplona, Deusto o Granada entre otras—, pero especialmente gracias a los fondos de la Universidad de Cantabria y de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. Es justo por tanto, expresar nuestra gratitud al personal de estas instituciones. Ángela Sáiz Silió, responsable de la biblioteca del Interfacultativo de la Universidad de Cantabria, e Isabel Muñoz Fernández, bibliotecaria en el Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria, han prestado un singular apoyo y merecen esta expresa mención.

El manuscrito original fue revisado por Rafael Bolado del Castillo, a quien agradecemos su dedicación.

El libro va dedicado a Víctor y a María. Ellos lo entenderán.



INTRODUCCIÓN

El 7 de octubre del año 186 a. C., hace dos mil doscientos años, el Senado de Roma publicaba el edicto de persecución contra las bacanales. ¿Cómo había llegado Roma a adoptar esa decisión? ¿En qué ambiente social toma cuerpo una determinación tan brutal como para someter a una feroz purga una manifestación religiosa?

Este libro comenzó como una pregunta ante una cuestión concreta; sin embargo, una respuesta fiable requería la evocación de un panorama de la época en que se desató la persecución de las mujeres que se abandonaban al éxtasis dionisiaco. Y ese panorama es el de una sociedad sometida a las zozobras de una guerra y que emprende una posguerra entre reajustes de naturaleza muy diversa.

Para los historiadores latinos, ese es el momento en que las costumbres de la antigua Roma entran en crisis, y se precipitan por un camino de corrupción que se acelera en contacto con el mundo griego. Pero los reactivos para la corrupción estaban larvados en la propia sociedad romana, y la influencia cultural helénica solo actuó como catalizador.

Aunque la llegada a Roma de objetos artísticos y esclavos griegos merced a los botines de guerra, o de nuevos cultos recomendados por los Libros Sibilinos con el beneplácito del Senado tuvieron una indudable trascendencia en el acervo cultural, la llegada de ingentes cantidades de metal noble y moneda introdujeron a Roma en una vía de monetarización económica que conecta con el inicio y la intensificación de prácticas de corrupción política.

Los agrios debates acerca de la concesión o denegación de la gloria del triunfo, que se producen al retorno de los generales victo-

riosos, agitan las aguas de la vida política mientras se desencadenan algunos de los primeros procesos por corrupción que envuelven a la familia de los Cornelios y provocan la muerte política de los hermanos Publio y Lucio Cornelio Escipión. La sombra de la apropiación indebida planea sobre los contingentes de capitales atesorados en la guerra. El gran vencedor de Aníbal y su hermano, el cónsul que derrotó a Antíoco, cayeron ante una iniciativa implacable capitaneada por Marco Porcio Catón.

Simultáneamente, despliegan velas los primeros indicios de connivencia entre la clase política senatorial, que ha sido apartada por ley de los negocios lucrativos y confinada a la explotación agrícola, quedándose con grandes extensiones de tierras públicas, y el orden ecuestre engrosado por los empresarios y los publicanos, que reciben en subasta las adjudicaciones de contratos públicos y de recaudación de impuestos. Grandes políticos como Tito Quincio Flaminio, el libertador de las polis griegas, se ven envueltos en estos lazos que vinculan a políticos y empresarios.

Otros grandes generales como Marco Fulvio Nobílior o Cneo Manlio Vulsón retornan de sus campañas con fabulosos botines que se exhiben en triunfo ante Roma. El pueblo contempla con creciente escepticismo los desfiles de tropas victoriosas con los bolsillos llenos y los estómagos agradecidos, que se permiten mofarse de sus espléndidos generales. Se trata de cónsules triunfadores que sufragan a su retorno juegos escénicos o de circo. Rivalizan entre ellos para superar a los anteriores en duración, excelencia y novedad de los espectáculos y ganar así el favor popular: acarician la idea de ganar votos para culminar su carrera política como censores.

Y la desconfianza popular se canaliza a través de una democracia directa ejercitada en asambleas y comicios que regulan y equilibran por momentos los designios de la oligarquía senatorial que rige la República. La persecución de fraudes empresariales o de prácticas corruptas en la política expone, esporádica pero reiteradamente, a líderes, que habían lucido la púrpura del *imperium* consular y proconsular durante años, ante procesos judiciales públicos y populares.

Entretanto, la propia sociedad ha sido sacudida de manera intensa por la guerra. Todas las costuras del cuerpo social se han visto sometidas a fuertes tensiones: la guerra desencadenó una elevada mortalidad entre ciudadanos y aliados; no pocas ciudades aliadas sucumbieron a las tentaciones de traicionar la lealtad a la confederación romana; después sobrevinieron las represalias y ejecuciones de los traidores; y la población civil hubo de hacer frente a los traumas ocasionados por una muerte investida con una letal capa cartaginesa, y cuyos zarpazos desgarraron al pueblo de Roma, pusieron en fuga a masas campesinas que acabaron refugiadas en la Urbe, y amenazaron por momentos a la propia ciudad, con Aníbal ante las mismas puertas amuralladas; el desgarramiento experimentado por las pérdidas de hijos o esposos impulsó a las mujeres romanas, a las virtuosas matronas, a salir a las calles para expresar su dolor, y seguramente el resentimiento latente en el mutismo de un silencio histórico.

En este contexto anidaron nuevas creencias, que aliviaron las conciencias y prendieron sobre las cenizas de una existencia atribulada en tiempos de guerra, cuando, junto con los caídos en el frente, se desmoronaban las fuentes de ingresos y las certezas familiares. Se trató de nuevos cultos que no gozaron del beneplácito senatorial, pero que no fue posible erradicar. Las mujeres, exaltadas por momentos, y reprimidas y reconducidas a casa cada vez, vislumbraron sin embargo su fuerza y su capacidad de presión cuando fueron requeridas para cumplir con las expiaciones necesarias para aplacar la cólera divina y propiciar la victoria en la guerra.

Durante la guerra, las leyes les obligaron a renunciar a toda expresión pública de lujo y posición, pero, tras ella, reivindicaron en la calle la revocación de unas normas represoras de sus márgenes de distinción y representación social. Se trata de mujeres que se iniciaron en un culto misterioso de adoración a Baco, en el cual, de modo preocupante, comenzaron a ingresar jóvenes adolescentes. Así estallaron el escándalo y la represión. Aunque la gran cuestión a dilucidar podría ser si no fue la represión la que detonó el escándalo y no a la inversa. Si no fueron el Senado y la clase política quienes encontraron un riesgo para la República en una secta pacífica, pero de influencia

creciente, que amalgamaba a mujeres, jóvenes, aliados y esclavos, y por eso desencadenaron una persecución justificada en un escándalo sexual. La sombra de la conjuración se agitó sobre Roma, pero, tras dos mil doscientos años, la razón de Estado se intuye mucho más influyente que los desórdenes sexuales.

En una atmósfera de corrupción política y de reajustes sociales con expulsiones masivas de itálicos fuera de Roma, el escándalo de las bacanales se antoja más complejo que los desvaríos de una secta. La purga desencadenada en el año 186 a. C. no cesó en los años siguientes, pero a comienzos del año 184 accede a la censura Catón, merced al apoyo popular, con un programa de regeneración no solo ideológica: todos los contratos del Estado se subastaron y revisaron a la baja, y se adjudicaron nuevas obras públicas, mientras la clase empresarial agitaba al Senado e instaba una nueva subasta de contratos con presupuestos más holgados.

La sombra de la corrupción no dimana solo de las bacanales. Los tiempos de la República clásica preludiaron tendencias de cambios profundos. Los indicadores de la corrupción afectan a la economía, la política, la sociedad, la religión y la cultura. Pero no entrañan necesariamente una degradación, sino la emergencia de nuevos horizontes para una Roma que dejaba atrás su dimensión de ciudad-estado hegemónica en la Península Itálica, para transformarse en una potencia imperial en el Mediterráneo.

I

LA BURBUJA DE LOS BOTINES DE GUERRA

El contexto que preludió el escándalo de las bacanales no hacía adivinar lo que se avecinaba para Roma. A la opresiva e insegura atmósfera que iba a cernerse sobre la Urbe, había precedido, el 5 de marzo de 186¹ el memorable triunfo de Manlio Vulsón: había derrotado a los gálatas en Asia Menor, y pasaría a la historia por la simpar magnitud de un botín de rapiña (Liv. 39, 6).

Este triunfo sobrevenía después del de Fulvio sobre los etolios, celebrado apenas tres meses antes, el 23 de diciembre de 187 (Liv. 39, 4-5). El año anterior, el último día de febrero de 188, había entrado también triunfante en Roma Lucio Cornelio Escipión, quien había decidido autonombrarse Asiágeno (Liv. 37, 58-59). Rememoraba de este modo la batalla de Magnesia, en la que había derrotado a Antíoco III. Seguía la égida de su hermano Publio Cornelio Escipión, quien iniciara catorce años antes la escalada de triunfos en la que se había sumido Roma: en el año 201, a su retorno victorioso de Zama, poniendo fin a la Segunda Guerra Púnica tras derrotar a Aníbal, desembarcó en Sicilia e hizo el camino hasta Roma exultante, «tras recorrer una Italia feliz por la paz no menos que por la victoria, no solo con ciudades desbordadas para tributarle honores, sino también con una multitud de rústicos, que bordeaba los caminos, y entró en la ciudad en medio del más imponente de los triunfos. Llevó al erario ciento veintitrés mil libras de plata.² Repartió entre los soldados cuatrocientos ases» (Liv. 30, 45, 2-3). A partir de entonces mereció

¹ Todas las fechas son anteriores al cambio de era, deben ser entendidas por tanto como antes de Cristo.

² La libra romana equivale a 335,9 gramos.

el apelativo de Africano, y se contaba que un senador llevaba puesto en la comitiva el gorro de liberto, honrando al general como artífice de la libertad de aquel territorio itálico y romano que, durante más de tres lustros, había soportado las correrías de los ejércitos púnicos de Aníbal. Se trataba del mismo joven general que cinco años antes retornara de Hispania después de haber derrotado y puesto en fuga los ejércitos cartagineses, depositando en manos de Roma el control del área ibérica del levante y sur de la península.

Con Escipión se había puesto en marcha la maquinaria de guerra que habría de convertir a Roma en capital de un imperio mediterráneo. La Urbe, que había sufrido carestía y severas estrecheces en su tesoro para hacer frente a los gastos de los contingentes de tropas y a las levadas incansables que fueron necesarias durante la contienda contra Aníbal, se adentraba en una etapa distinta. Los botines de guerra aliviaron y sanearon las arcas del Estado y permitieron planificar nuevos objetivos, pero introdujeron también sobre los generales la sombra de la sospecha de corrupción por peculado —apropiación de dinero público—. La gestión político-militar de sucesivos cónsules sería sometida a procesos que cernieron la duda sobre la honorabilidad de la escalada de triunfos y sobre los generales.

Las estrecheces presupuestarias durante la guerra

La Roma del Edicto de las Bacanales vive la primera generación después de una experiencia traumática, la de la Segunda Guerra Púnica, con Aníbal a las puertas de la Urbe, con sucesivos ejércitos derrotados y aniquilados en Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas, que llevaron a situaciones desesperadas como la compra con dinero del Estado, en el año 216, de ocho mil esclavos jóvenes y vigorosos para convertirlos en soldados (Liv. 22, 57, 11), después de haber alistado a todos los jóvenes romanos desde diecisiete años e incluso menores, a libertos con hijos (Liv. 22, 11, 8), o a los seis mil reos de delito capital y condenados por deudas que se armaron con despojos de guerra galos (Liv. 23, 14, 3-4). Al año siguiente el tributo anual esta-

blecido se dobló (Liv. 23, 31, 10; Nicolet 1976a: 70; Ñaco del Hoyo 2011:380).

Además de las exacciones apremiantes que de manera reiterada se exigieron sobre aliados itálicos para que contribuyeran a la causa militar con contingentes de tropas (Liv. 22, 57, 10), se llegó a planificar y exigir una financiación particular de la marinería en el año 214. Se establecieron unas liturgias especiales, usando el censo de ciudadanos, para exigir, en función del nivel de renta, la aportación de marineros. Entre cincuenta y cien mil ases «se aportaría un marinero con la paga de seis meses; los comprendidos entre cien mil y trescientos mil, tres marineros y un año de paga; los comprendidos entre trescientos mil y un millón, cinco marineros; los que sobrepasasen el millón, siete marineros» (Liv. 24, 11, 7). La liturgia afectaba así a determinados grupos de contribuyentes, distribuidos en clases censitarias, con el sostenimiento de gastos de marinería (Nicolet 1963:424).

En ese mismo año se convirtió en norma algo que parece que se habría ido produciendo de manera un tanto instintiva por parte de viudas y huérfanos de guerra: depositaron sus bienes en manos del Estado, bajo control y registro de los cuestores, de manera que el poder público actuaba como garante de los peculios privados de los damnificados por la guerra. De ese modo ganaba disponibilidad pecuniaria para hacer frente a las necesidades de guerra y a sus problemas de liquidez (Liv. 24, 18, 13-15). En esta fase temprana de la guerra, se había creado ya una profunda fractura social y demográfica en el seno de la ciudadanía, que no haría sino agudizarse en los años venideros: las cohortes de varones en edad de combatir, diezmadas ya, seguirían viéndose menoscabadas.

Todo ello ocurría en un contexto de crisis económica grave, que habría estallado desde el inicio de la misma guerra por falta de liquidez monetaria: aunque la cuantificación de la devaluación de la moneda es complicada (Cassola 1968:302), se postula que el valor del as de bronce descendió primero a un cuarto de libra y acabará fijado en un sexto de libra, aunque quizá llegó a estar en un doceavo de libra (Piganiol 1974:274; Nicolet 1982:172). Las manipulaciones monetarias durante la guerra no se encuentran definitivamente escl-

recidas, pero sí se puede afirmar que se introdujo entonces también el denario de plata por valor de diez ases sextantarios —de un sexto de libra—, siguiendo un patrón coherente con los helenísticos de la época (Nicolet 1967:90; 1963:432). En pocos años, durante la guerra, el peso del denario descendió de 4,56 a 3,98 gr, y en 209 se cambió, no por diez sino por dieciséis ases (Christ 2006: 127; Nicolet 1982:172). La soldada se pagaba a la tropa en ases de bronce cada vez más devaluados, pero el mecanismo permitía ahorrar.

Mientras, se intentó incrementar la presión fiscal. En el año 210 se exigió la provisión de remeros, con su soldada y provisiones para treinta días, y narra Livio que la situación estuvo a punto de provocar una rebelión. El foro se llenó de descontentos que increpaban a los cónsules abiertamente, a gritos. La plebe se resistía a asumir los costes de la armada que se hacía necesaria para ocupar Sicilia, y para los operativos relativos a otro conflicto simultáneo al que enfrentaba a Roma con los cartagineses, la Primera Guerra Macedónica contra Filipo. Los cónsules hicieron una propuesta que el Senado aceptó: los senadores debían dar ejemplo y entregar toda su fortuna, quedándose solo con una libra de plata, un anillo por miembro de la familia, la *bullā* o amuleto que el hijo menor portara del cuello, y una onza de oro por cada mujer de la familia.³ El resto habría de entregarse a los triunviros que actuaban como apoderados. El objetivo previsto se cumplió: si los senadores pagaban, los caballeros y la plebe pagarían, y, según Tito Livio, los registros oficiales fueron motivo de competición por ocupar puestos destacados entre las aportaciones (26, 35-36). Se había superado así la doble crisis, la de tesorería y la social, que había desencadenado las manifestaciones de la población. Sin duda la coyuntura de guerra habría ayudado a comprender que el tesoro necesitaba de actuaciones perentorias en un contexto bélico que había sido prácticamente desesperado el año anterior. Aníbal y su ejército estuvieron ante Roma misma para intentar una maniobra de distracción en el asedio romano a Capua, pero se habían retirado. Un cierto clima de alivio llegó a la ciudad y la renuencia al pago solo parece haberse

³ Una onza equivale a un doceavo de libra, esto es, 28 gramos.

vencido con el ejemplo de los senadores. El episodio trasluce en este aspecto cierto cariz de posicionamiento social, de desconfianza hacia la toma de decisiones por parte de la oligarquía dominante, hasta que el orden senatorial se puso al frente de la iniciativa.

Deudas y tierras

Probablemente el momento más crítico llegó todavía un año después, cuando fue preciso disponer del oro recaudado como impuesto por las manumisiones, una vigésima parte del valor del esclavo liberado que se pagaba al Estado y «que se guardaba en un lugar más reservado del tesoro para los casos extremos» (Liv. 27, 10, 11). No quedaba nada.

Avanzando hacia el final de la guerra, la situación comenzaba a mejorar, aunque todavía en 205 hubo que vender tierras del *ager publicus* confiscadas en Capua para hacer frente a gastos de guerra (Liv. 28, 46, 4-6). Por un lado, en el año 203, llegó abundante trigo de Hispania, comercializado a precios baratos, a cuatro ases el modio, y en el año 201 ocurrió lo mismo con trigo llegado de África (De Sanctis 1923:577). En ambos casos, Escipión aparecía como el benefactor, merced a sus victorias (Liv. 30, 26, 6; 31, 4, 6). Finalizada la guerra, en el año 200 se tiene constancia de una caída de precios hasta pagarse a dos ases el modio por el trigo africano (Liv. 31, 50, 1). La economía comenzaba a recuperarse, pero había que rendir cuentas.

En el año 204 se había comenzado a hablar de la restitución del dinero que se había destinado a armar marinería seis años antes. El comportamiento ejemplar de la población, que Tito Livio describía sobre lo ocurrido seis años antes, no tenía que ver con donaciones, sino con un empréstito al que el Estado recurrió «por la pobreza del erario y cuando la plebe no podía pagar el tributo» (Liv. 29, 16, 2). Se decidió entonces devolverlo en cinco años y saldar la deuda en tres pagos o *pensiones* con cadencia bienal. Ese mismo año el censor Salinator creó un impopular impuesto sobre la sal, que le granjeó su apelativo, manteniendo el precio en Roma, pero subiéndolo en ferias y mercados (Liv. 29, 37, 3).

En el año 200, cuando correspondía satisfacer el tercer y último pago, hubo problemas de liquidez de nuevo: se estaba preparando una nueva guerra, esta vez contra Filipo de Macedonia, y los fondos no alcanzaban para armar flota y ejército y para saldar la deuda. Se recurrió a una solución alternativa, que fue la concesión de tierras. Se cederían las más codiciadas, las más inmediatas, las que estaban en un radio de cincuenta millas en los alrededores de Roma, por una renta testimonial de un as por yugada, para que no se perdiera el sentido de bienes de dominio público, y más adelante, cuando el Estado pudiera pagar, se saldaría la deuda o definitivamente pasarían los terrenos a manos privadas. La propuesta provino de los ciudadanos mismos, «puesto que, según decía gran parte de ellos, había por todas partes tierras en venta y ellos necesitaban comprar» (Liv. 31, 13, 6).

El efecto de la guerra en la composición del cuerpo de ciudadanos combatientes había sido devastador. Los propietarios de posición más acomodada habían podido dejar organizada su hacienda de modo que, aunque perdieran la vida ellos o sus hijos, quedara asegurada su continuidad, pero los medianos y pequeños propietarios fueron los grandes perjudicados, porque la movilización dejó los campos incultos y a las familias en situación desesperada (Nicolet 1967:90). Esas tierras ahora habían salido al mercado. Pero además, el *ager publicus* del Estado se encontraba con ingentes extensiones de terreno en el territorio itálico, fruto de las confiscaciones y de la política de represalias ejercida por Roma contra las ciudades aliadas que se habían pasado al bando de Aníbal en las fases más desesperadas de la contienda (Toynbee 1965:118).

Si de algo había excedentes en Roma, era de tierras, y esto iba a motivar cambios en la composición social de la Urbe. Por un lado, aquellos que habían prestado al Estado se veían ahora recompensados con terrenos, y se iniciaba un proceso de concentración de la propiedad que derivaba en la gestación de latifundios y que, en todo caso, había beneficiado a los más ricos y solventes en un momento crítico de la guerra. Simultáneamente, el desarraigo de importantes capas de campesinos itálicos, como fruto de las correrías de los ejércitos cartagineses, de las estrategias de campos quemados empleadas en

distintos momentos por Roma y de las incautaciones como represalias de guerra, haría confluír en la Urbe importantes contingentes de inmigrantes que iban a mutar profundamente la base social de la plebe romana, diezmada durante la guerra.

La liquidación final del préstamo que quedaba pendiente se acometió en el año 196 y volvió a haber problemas de liquidez, lo que motivó una reclamación de pago de tributos a augures y pontífices por lo que no habían ingresado durante la guerra (Liv. 33, 42, 3-5). Quedaban en evidencia situaciones de privilegio para la clase política dirigente que integraba además los colegios sacerdotales, una treintena de exenciones que habrían beneficiado a algunas de las familias más ricas, a los líderes políticos y militares, y que se habían producido en el fragor de la contienda (Feig Vishnia 1996:98). Aunque apelaron a los tribunos de la plebe, no lograron evadirse del fisco.

El Estado había resuelto sus deudas, pero los ciudadanos atravesaban por problemas de endeudamiento. La legislación contra la usura seguramente había tenido un efecto perverso, restringiendo los préstamos, y había sido ampliamente evadida mediante un subterfugio que consistía en poner los préstamos a nombre de los aliados, que no se veían afectados por esas mismas leyes. Pero la liquidez conseguida se había traducido en intereses exorbitados y las indagaciones descubrieron que la envergadura de la deuda era tal que se tuvieron que tomar medidas especiales. Se estableció, en el año 193, que los aliados que prestasen dinero habrían de declararlo y el tribuno de la plebe, con el beneplácito del Senado, sometió a votación popular «que la normativa sobre préstamos aplicable a los ciudadanos romanos, fuese extensible a los aliados y latinos» (Liv. 35, 7, 5). Se aprobó la medida, la *Lex Sempronia*. En aquellos años, Plauto ponía en boca de uno de los personajes del *Curculio* esta invectiva contra los banqueros: «El pueblo ha aprobado infinidad de leyes contra vosotros, pero ley que se aprueba, ley que vosotros os saltáis a la torera; siempre encontráis alguna escapatoria. Para vosotros la ley es como el agua caliente: enseguida se enfría» (509-511).

Los efectos de la guerra con Aníbal se dejaron notar, por tanto, durante un tiempo considerable. Roma e Italia habían quedado

profundamente desestabilizadas tras ponerse a prueba los cimientos económicos y sociales de la República, pero en este contexto de crisis monetaria, carestías, deudas y posterior regeneración y recuperación económicas, cobró cuerpo un concepto de signo radicalmente opuesto: la *luxuria*.

Los triunfos y los botines durante la Segunda Guerra Púnica

En el imaginario colectivo y en la historia de Roma, el sitio de Siracusa y el botín capturado por Marco Claudio Marcelo en la ciudad en el año 212, como represalia por haberse pasado al bando de Aníbal, marcaron un referente. Tito Livio dice que «se reunió tanto botín como si se hubiera conquistado Cartago» (25, 31, 11), pero Polibio filosofaba acerca de renunciar a las pautas de conducta que han proporcionado la victoria, pues esto suponía sucumbir al gusto de los vencidos, cuando hubiera sido mejor «servir a la gloria con la dignidad y la magnanimidad». En cualquier caso, «los romanos transportaron las obras de arte a casa. Adornaron sus viviendas con los despojos de los particulares y los lugares públicos con los de la ciudad» (Polib. 9, 10, 14).

En Roma, la hazaña, de enorme carga emblemática tras años de reveses contra Aníbal, se festejó con una acción de gracias y un sacrificio a los dioses. Sin embargo, al retorno de Marcelo se le denegó el triunfo, en parte por esas conmemoraciones previas y, sobre todo, porque estaba ausente el ejército victorioso, pero además fue decisivo el rol de sus rivales políticos (Pittenger 2008:152ss). Tenía los merecimientos de la victoria y de haber causado más de cinco mil bajas enemigas, como estaba establecido, pero se le concedió solo una ovación haciéndose preceder de «un enorme acopio de objetos de plata y bronce artísticamente labrados, variados utensilios y costosos vestidos y muchas renombradas estatuas que habían embellecido a Siracusa entre las primeras ciudades de Grecia» (Liv. 26, 21, 8). Enseres y arte, un modo de vida suntuoso de arraigo griego, desfilaron por Roma y

destapaban de manera abierta, a los ojos de una población atribulada por la guerra, las pruebas de un modo de vida cotidiana sofisticado y refinado, de comfortable lujo.

Al año siguiente cayó Capua, la ciudad que, si antaño rivalizara con Roma en cuanto a rango de capitalidad en el territorio itálico, se había convertido, con su defección y su paso al bando cartaginés, en un icono. El control de Capua por Aníbal y por Roma sucesivamente, marcaría, en cierto modo, el signo de la guerra ante los pueblos itálicos. Como capital de la Campania, encarnaba la *luxuria*, el gusto por el lujo, y su derivada, la molicie (Pfeifer 2002:92). Capua sería para Aníbal, a decir de Tito Livio, lo que para Roma fue el desastre de Cannas (23, 45, 2). Pero la caída de Capua no libró un botín muy cuantioso en manos del inflexible Quinto Fulvio Flaco: dos mil sesenta libras de oro y treinta y un mil doscientas de plata (Liv. 26, 15, 8). Mucho más opulento fue el que proporcionaría dos años después, en 209, la conquista de Tarento: «Treinta mil esclavos, gran cantidad de plata labrada y en moneda, ochenta y tres mil libras de oro, y esculturas y cuadros que bien podrían equipararse con los de Siracusa» (Liv. 27, 16, 8). Fue Quinto Fabio Máximo el artífice de esta conquista, pero respetó y dejó allí las estatuas de gran tamaño y parece que procuró al respecto labrarse mejor imagen, dejando «para los tarentinos sus dioses encolerizados» (Liv. 27, 16, 8; Gruen 1984:252).

Entretanto, en el año 210, solo meses después de las requisitorias a las clases censales en Roma para armar marineros, Escipión el Africano tomaba Cartagena y lograba en Hispania un botín más modesto que el de Capua de un año antes: además de un «inmenso arsenal bélico (...), las páteras de oro fueron doscientas setenta y seis, casi todas de una libra de peso, dieciocho mil trescientas libras de plata en bruto y acuñada, y un gran número de vasos de plata; todo este material pesado y contado pasó a control del cuestor Cayo Flaminio» (Liv. 26, 47, 8). Con la última acotación Tito Livio insiste en dejar claro el control estatal del botín, que se vería completado con la aportación años más tarde, a su regreso de Hispania a Roma, a finales del año 206, de «catorce mil trescientas cuarenta y dos libras de plata sin acuñar y una gran cantidad de monedas de plata» (Liv. 28, 38, 5).

A pesar de ello, hubo de experimentar los sinsabores del triunfo que le fue negado: se trataba de un *privatus cum imperio*, no un magistrado, y no había tomado los auspicios, por lo que no podía obtener la gloria que le hubiera convertido en el primer ciudadano en celebrar un triunfo sin mediar cargo público (Scullard 1970:108; Brizzi 2009:140). Con todo, aunque sus aportaciones a las depauperadas arcas del Estado fueron providenciales para sostener la guerra, le fue negado el capital para su nueva empresa: el año de su consulado, el 205, lo empeñó en hacer frente a la oposición de Fabio Máximo y sus seguidores, decididos a impedir el asalto de Escipión a Cartago. Este pretendía cambiar así la estrategia de la guerra que desde la dictadura de Fabio en el año 217, tras el desastre de Trasimeno y antes aún de Cannas, tendía al desgaste de Aníbal evadiendo la confrontación definitiva. Se le admitió que marchara a Sicilia y allí preparó el ejército con el que pasó a África y con el que retornaría triunfante tras la derrota final de los ejércitos cartagineses en Zama.

Un nuevo orden mundial

Su regreso tras la victoria contra Cartago, bajo la aclamación de los itálicos a través de la mitad sur de la península, con un botín de ciento veintitrés mil libras de plata, cerraba definitivamente una etapa de la historia de Roma y abría otra. En buena medida la resistencia de la facción de Fabio se atribuye a la defensa de unos intereses de clase, los de las aristocracias terratenientes, que no alcanzaban a vislumbrar, o se resistían a hacerlo, el nuevo rol que Roma parecía llamada a desempeñar más allá de los territorios itálicos sobre los que se cifraban sus intereses y ambiciones. A lo sumo parecían mostrar empeño en continuar una expansión en los territorios galos noritálicos (Scullard 1973:76). Les hubiera bastado con expulsar a Aníbal de Italia, que es como creían que debiera haberse conducido la guerra.

Escipión, en cambio, encabezaba la perspectiva más abierta de quien había retornado de los territorios hispanos de ultramar, con otra geopolítica de la guerra, que no olvidaba que, a fin de cuentas,

la base del problema cartaginés radicaba en Cartago misma y era perentorio reconducir la situación hacia el origen del problema, provocando el retorno de Aníbal y el definitivo abandono por parte de las tropas del territorio itálico, a donde habían llegado en el ya lejano 218. Tito Livio describe cómo se movilizaron los aliados itálicos para pertrechar en el año 204 los recursos militares que el Senado le negó a Escipión para invadir África: grano, velas, hierro, escudos, cascos, lanzas, venablos, madera... en fin, barcos y voluntarios para combatir (Liv. 28, 46, 15-21). Etruscos, marsos, pelignios, sabinos, etc. estaban tejiendo de este modo lazos clientelares con los Escipiones, que habrían de reportarles después influencias y protección, participación en el botín y también expectativas de adquisición de la ciudadanía romana, una futura promoción social que reportaría a su vez a los Escipiones apoyos políticos y electorales (Etcheto 2012:109s).

Estaba emergiendo una corriente de pensamiento imperialista en el Senado, a cuya cabeza se situaba el propio Escipión, pero además se estaba fraguando el respaldo por parte de algunos sectores de las aristocracias itálicas, en especial etruscas, y de los intereses comerciales y empresariales de *negotiatores* y publicanos que veían en la empresa prometedoras oportunidades futuras de negocio (Cassola 1968:381s). La guerra anibálica había servido para crear la base de una estrecha colaboración entre la República y los intereses empresariales a través de contratos para provisión de suministros y ejecución de obras con pago diferido, cuando el erario se encontró extenuado y sin recursos.

De Cartago, Escipión volvía no solo con el botín capturado, sino además con unas condiciones de paz muy duras para Cartago, dentro de los márgenes de independencia que se le respetaban: la libertad y sus campos se mantenían, pero debía entregar toda su flota de guerra, salvo diez trirremes, su política exterior debía ser aprobada en Roma y debía satisfacer una indemnización de guerra fijada en diez mil talentos a cincuenta años en otros tantos plazos;⁴ además de entregar cien rehenes y devolver todos los desertores romanos, los cautivos y los esclavos fugitivos (Polib. 15, 18; Liv. 30, 37, 1-6). Roma no ol-

⁴ El talento romano equivale a 32,3 kilos, por tanto 323.000 kilos de plata se fijaron como indemnización.

vidaba a los suyos ni a sus traidores. Por lo demás, al final la guerra reportaba un caudal económico compensatorio ingente, que dejaba a Cartago sumida en una colosal deuda. La potencia derrotada hubo de buscar financiación directamente en el mercado de plata romano, abastecido por las minas arrebatadas a los cartagineses en Hispania (Piganiol 1974: 275). El pago de indemnizaciones drenó hacia Roma y sus *negotiatores* ingentes recursos con los que financiar, por ejemplo, las nuevas guerras.

Los resultados pecuniarios de una contienda que fue por lo demás traumática, habrían de vencer cualquier reticencia en el Senado acerca del futuro de Roma, más allá de la Península Itálica, por mucho que este hubiera sido el discurso de la facción tradicionalista del Senado.

La victoria emplazaba a Roma en el papel de potencia hegemónica del Mediterráneo Occidental, con amplios territorios ganados en la Península Ibérica, sobre los que afianzar una política que había superado definitivamente el marco peninsular itálico y de las islas del Tirreno. A partir de 197 comenzaría una sucesión de campañas y guerras en territorio hispano: celtíberos, lusitanos, oretanos, carpetanos... fueron objeto de hostilidades y de las veleidades expansionistas romanas. Evidentemente, se había tomado una opción decidida por la estrategia de conquistas en el solar hispano.

Con Cartago sumida en el pago de gravosas indemnizaciones de guerra y sin riesgos por los flancos meridional y occidental, era el momento de ocuparse de los otros flancos, el septentrional y el oriental. Desde el mismo año 201 en que se firmó la paz con Cartago, Roma abrió el frente del valle del Po. La Italia septentrional asentaba a pueblos gálicos como los boyos y los ínsubros, de largo tiempo enemigos de Roma, y que, como algunos ligures, habían apoyado a Aníbal (Harris 1989:209). Los ejércitos no se desmovilizaban por completo tras la gran guerra.

Además, en un año se decidió emprender una nueva guerra contra Filipo de Macedonia. Este rey había llegado en su momento a un entendimiento con Aníbal y a la firma de un tratado secreto en el año 215, cuya existencia se conoció en Roma. En la Primera Guerra

Macedónica (214-205), Roma se alió con los etolios y el reino de Pérgamo, y consiguió al menos mantener a Filipo ocupado y prevenir un eventual apoyo por parte de este a Aníbal en suelo itálico. En el año 201, Filipo lanza una ofensiva en el Egeo. A instancias de los mensajeros de Átalo de Pérgamo y de Rodas, el Senado reacciona y Roma entra en guerra. La Segunda Guerra Macedónica (200-197) se cerró con el fulminante liderazgo emergente de Tito Quincio Flaminio, quien, tras su victoria en Cinoscéfalos contra Filipo, declaró la libertad de las polis griegas, en un ejercicio de poderosa fuerza propagandística.

Pero esta declaración iría seguida de una nueva guerra, esta vez contra Antíoco III el Grande, monarca que encabezaba el poderoso reino seléucida, que se adentraba desde las costas mediterráneas del Próximo Oriente hasta más allá del Tigris y del Éufrates, entre el Próximo y el Medio Oriente. Se trataba de un liderazgo emergente una vez neutralizado Filipo de Macedonia. La contienda siríaca (192-188) dejó a Antíoco fuera del territorio de Asia Menor, y tras la batalla de Magnesia, Lucio Escipión, asistido en la negociación por su hermano Escipión el Africano como legado, colocaba al reino seléucida ante el apremio de saldar un enorme tributo de quince mil talentos.

Roma iniciaba así una labor de gendarme en el orden internacional del ámbito mediterráneo. Hay historiadores que opinan que la sociedad romana se construyó especialmente para la guerra (Harris 1989), y otros tienden a enfatizar su papel sobre la anarquía y las disputas de las atomizadas entidades territoriales del espacio griego y de los reinos helenísticos (Eckstein 2006). En todo caso, Roma apuntaba tanto hacia ambiciones de conquista y ocupación, como, por otro lado, manifestaba una magnanimidad no exenta de admiración por las polis griegas, que demostrarían no ser capaces de valerse sin apelar reiteradamente a una tutela romana. Medio siglo después, el historiador Polibio describiría la situación del siguiente modo: «Hasta esta época la historia del mundo había quedado en cierto modo compartimentada (...). A partir de este momento, al contrario, la historia del mundo formó como un todo orgánico. Los asuntos de Italia y de

África se encontraron en adelante unidos a los asuntos de Grecia y de Asia y ha habido una convergencia de todo hacia un destino único» (1, Pref. 3-4).

En el nuevo orden, evidentemente, Roma tomaba la iniciativa de sus decisiones motu proprio o a instancias de aliados eventuales; pero, lejos de poderse mantener aún la teoría clásica de un imperialismo defensivo, en que Roma se hubiera dejado llevar a su pesar por circunstancias externas, el móvil económico de las contiendas, sin ser el exclusivo, hubo de pesar poderosamente. Un entramado de motivaciones bullía detrás. El botín, las relaciones clientelares, los intereses comerciales, los debates partidarios y el prestigio y la gloria social conferidos por los triunfos de cara a la promoción electoral, contribuyen a explicar el devenir imperialista (Etcheto 2012:88s). El reverso de la moneda fue un inmenso sufrimiento por parte de las poblaciones civiles, no exento de crueldad (Rosenstein 2012:3): saqueos y botines iban acompañados de controvertidos expolios de templos, cautiverio de prisioneros y mutilaciones y ejecuciones de varones adultos, así como violaciones de niños y mujeres.

La escalada de los triunfos

El desarrollo de la Segunda Guerra Púnica había modificado la práctica de la guerra en Roma. La movilización masiva, perentoria y desesperada incluso, de efectivos militares a la que se había visto sometida, quedaba finalmente compensada en aspectos que la oligarquía senatorial dominante hubo de apreciar como nuevas oportunidades, en las que se sumergió el orden ecuestre. A la falta de numerario de las fases iniciales de la guerra sucedía una afluencia de metal y un volumen de negocio inesperados en origen, de manera que Roma disponía de los botines y tenía en sus manos, a través de las minas de plata hispana, la misma plata con la que volvería a pagar Cartago en los años venideros en concepto de indemnizaciones. Así que los pagos se vieron incrementados por el empréstito que hubo de contraer con los publicanos romanos, en

un formidable negocio para Roma, beneficiaria de indemnizaciones y de los intereses de la deuda cartaginesa.

La guerra se había transformado en un inesperado motor de crecimiento, más allá de todas las consideraciones que merecen las profundas mutaciones sociales producidas, y que serán analizadas posteriormente. Los años que restan hasta el triunfo de Manlio Vulsón en el año 186 fueron años de victorias, de triunfos y de generales envueltos en una atmósfera de gloria y éxito político, que prolongaban así su consulado con un eventual mandato proconsular, y acariciaban al tiempo la posibilidad de alcanzar la exclusiva magistratura quinquenal de la censura, o un segundo consulado, al cumplirse diez años del anterior, envueltos en la fama popular. Publio Cornelio Escipión disfrutaría de ambos privilegios.

El primero de los homenajes tras el retorno de Escipión de Zama no mereció los honores del triunfo, sino una ovación. Se planteaba el mismo problema técnico que ocurriera con Escipión a su retorno de Hispania: se trataba de un *privatus cum imperio*, Lucio Cornelio Léntulo, el mismo que había asumido, junto con Lucio Manlio Acidino, el control de Hispania cuando el propio Escipión el Africano dejó la Península Ibérica en el año 206. Fue propretor ese año y desempeñó el mando proconsular los siguientes, hasta el 200. Y como Escipión, a su retorno informó al Senado y pidió el triunfo: «El Senado reconocía que sus empresas merecían el triunfo, pero consideraba que la tradición no recogía ningún precedente de nadie que hubiese triunfado sin haber operado en calidad de dictador, cónsul o pretor, y él había gobernado la provincia de Hispania en calidad de procónsul, no de cónsul o pretor» (Liv. 31, 19, 5). Y, como a Escipión, se le negó el triunfo, pero se le concedió una ovación (Gruen 1990:130). Esta distinción contó con la oposición frontal de un tribuno de la plebe, Tiberio Sempronio Longo, tal vez próximo a la facción escipiónica (Scullard 1973:95), pero «vencido por la unanimidad de los senadores, cedió». Con su ovación, el erario ingresó «cuarenta y tres mil libras de plata y dos mil cuatrocientas cincuenta de oro, y repartió a cada uno de sus hombres ciento veinte ases procedentes del botín» (Liv. 31, 19, 6-7). Oro, plata y recompensas para los legionarios se tornaban

argumentos muy poderosos para el éxito político: al año siguiente, era elegido cónsul.

Su colega en Hispania, Lucio Manlio Acidino, que volvió en la misma condición, aportó un botín más modesto, seis mil libras de plata y treinta de oro. La situación era estrictamente la misma, y el Senado también le deparó una ovación, pero el tribuno Publio Porcio Leca la vetó (Liv. 32, 7, 4). Es probable que este tribuno se enmarcara en la facción tradicionalista (Scullard 1973:110) y, que Manlio Acidino estuviera más próximo al bando de los Escipiones, pero su carrera política estaba acabada. Había sido pretor en el año 210, pero a su retorno a Roma no ocupó más magistraturas. Evidentemente, el juego político tomaba bajo su capa la cuestión de los triunfos como uno de los factores de debate y controversia más enconados, y en los años siguientes la cuestión se recrudecería. La propaganda había encontrado en los triunfos la manifestación más acabada para influir sobre intenciones de voto en el pueblo de Roma.

Los triunfos de los cónsules del año 197, Cayo Cornelio Cetego y Quinto Minucio Rufo brillaron más por los despojos de guerra que por sus aportes pecuniarios —cuatrocientos noventa y un mil ases de bronce y ciento doce mil monedas de plata entre los dos—. Se otorgaron además recompensas iguales a los soldados —setenta ases a cada uno—, y a jinetes y centuriones —el doble que a los soldados (Liv. 33, 23, 7-9)—. Las campañas itálicas no reportaban botines cuantiosos, así que el reconocimiento del triunfo radicaba más en su faceta propagandística y en la exhibición militar de trofeos —enseñas, carros y despojos— y de logros sociales: por ejemplo, los colonos romanos que desfilaban con el gorro de libertos recordando que habían recobrado su libertad merced a la campaña.

En el año 194 entró en triunfo Marco Porcio Catón, cónsul el año anterior, con el botín capturado en Hispania: «Veinticinco mil libras de plata en bruto, ciento veintitrés mil de plata acuñada con la biga, quinientas cuarenta mil de plata oscense y mil cuatrocientas libras de oro», entregando además «a cada soldado doscientos setenta ases de bronce y el triple a cada jinete» (Liv. 34, 46, 2-3). Se labraba así parte de la fama por la que optaría a la censura del año 189, aun-

que no lograría ocuparla hasta el 184. Había dejado establecido en la provincia un elevado impuesto sobre las minas de plata y hierro, precisa Tito Livio (34, 21, 7), indicador incontrovertible de una lógica estrategia imperialista de explotación.

Dos triunfos excepcionales

Pero el triunfo de Catón, por mucho que, según Plutarco, se jactara de haber conquistado en Hispania más ciudades que el número de días que había estado (*Catón* 10, 8), se vería menoscabado en la memoria por otro de aquel mismo año, el celebrado por Tito Quincio Flaminino, tras su victoria contra Filipo de Macedonia. Un primer aspecto memorable del triunfo sería su duración de tres días. En el primero desfilaron los despojos de guerra y las estatuas; en el segundo, los metales preciosos: «Dieciocho mil doscientas libras de plata sin labrar, y de plata labrada numerosos vasos (...) de plata acuñada había ochenta y cuatro mil monedas áticas, llamadas tetradracmas, que pesan casi tres denarios cada una. En oro había tres mil setecientas catorce libras, un escudo macizo y catorce mil quinientos catorce filipos» (Liv. 34, 52, 5-7), y se le perdonaron además a Filipo mil talentos de indemnización (Plut. *Flaminino* 14); «el tercer día, desfilaron ciento catorce coronas de oro donadas por las ciudades, víctimas para el sacrificio» y «muchos nobles, prisioneros y rehenes». Por fin detrás apareció el propio general, seguramente con su toga púrpura, montado sobre el carro, tras el que desfilaron los soldados, «pues se había traído a todo el ejército de la provincia. Se distribuyeron entre ellos doscientos cincuenta ases a cada soldado de infantería, el doble a los centuriones y el triple a los de caballería. Dieron realce al triunfo los que habían sido rescatados de la esclavitud, marchando detrás con sus cabezas rapadas» (Liv. 34, 52, 8-12).

La descripción corresponde a una ceremonia exagerada en cuanto a su ambición propagandística, pero respetuosa con los cánones codificados: el desfile se dividía en tres partes correspondientes a los despojos, el general en su carro —a pie y con toga de banda púrpu-

ra en el caso de las ovaciones—, y los soldados detrás (Beard 2009: 112). La gloria del triunfo sobre el carro, con el esclavo sosteniendo la corona de oro sobre la cabeza y el general purpurado y maquillado de rojo con su cetro de marfil y el ramo de laurel en cada mano, quedaron especialmente enaltecidos en esta ocasión por dos factores: los tres días del desfile, y los romanos que habían sido liberados y que cerraron la comitiva (Plut. *Flaminino* 13). Boato, grandeza, majestad y reconocimiento social implícito de la multitud expectante, y explícito de todos los que desfilaban, redondeaban la ceremonia del triunfo como manifestación de exultante virtualidad propagandística. Flaminino culminaba de la manera más brillante su periplo por Grecia, iniciado en 198 como cónsul: había triunfado en Cinoscéfalos, negociado la paz y devuelto la libertad a las polis en los Juegos Ístmicos del año 196 en medio de un baño de multitudes. Por fin, su carrera alcanzaría la meta de la censura en la siguiente convocatoria, la del año 189.

Los triunfos se sucedían: en el año 191 se celebró el de Publio Cornelio Escipión Nasica (Liv. 36, 40, 12–14) y se le concedió una ovación a Marco Fulvio Nobilior (36, 39, 2); en el año 190, se le denegó el triunfo a Quinto Minucio y en cambio se le otorgó a Manio Acilio, vencedor sobre los etolios: «Solamente faltaron los soldados siguiendo el carro; por lo demás fue un triunfo magnífico tanto por el espectáculo como por la fama de las gestas llevadas a cabo» (Liv. 37, 46, 6).

El triunfo del año 188 concedido a Lucio Cornelio Escipión, hermano del Africano, y que se hizo llamar Asiágeno, volvería a marcar un hito. Cónsul del año anterior, conmemoraba la victoria sobre Antíoco en Magnesia con la amargura de haber sido inmediatamente relevado del mando sin completar la tarea de la paz, y se enviaba en su lugar al cónsul del año siguiente Manlio Vulsón. Tuvo lugar el último día de febrero, y según Tito Livio, «este triunfo, por el espectáculo ofrecido a la vista, fue más grandioso que el de su hermano el Africano (...). Desfiló en triunfo llevando (...) mil doscientos treinta y un colmillos de marfil, doscientas treinta y cuatro coronas de oro, ciento treinta y siete mil cuatrocientas veinte libras de plata, doscientas veinticuatro mil tetradracmas áticas...».

La enumeración es larga e incluía esta vez «treinta y dos generales del rey, prefectos y altos dignatarios», así como una recompensa «de veinticinco denarios a cada soldado, el doble a los centuriones y el triple a los jinetes. Después del triunfo se duplicó la paga militar y la ración de trigo; ya les había dado el doble una vez librada la batalla en Asia» (Liv. 37, 59). Las cotas alcanzadas en el botín y en la prodigalidad hacia la tropa, pagada con plata y no con bronce, estaban instaladas en una competencia ostentosa: se trataba, premeditadamente, de impresionar al público.

En el triunfo más modesto de Marco Fulvio Nobilior sobre los etolios del año siguiente, los soldados, centuriones y jinetes, sin embargo, no fueron menos recompensados, y como acto especial «galardonó con recompensas militares en el circo Flaminio a muchos tribunos, prefectos, caballeros y centuriones romanos y aliados» (Liv. 39, 5, 17). La burbuja de las pompas triunfales estaba a punto de estallar y lo haría en las manos de los Escipiones, provocando su caída e impidiendo que Lucio alcanzara la censura a la que optó en el año 184. Lo mismo le ocurriría a Cneo Manlio Vulsón su sucesor en las campañas de Asia.

El triunfo de Manlio Vulsón

El día 5 de marzo de 186 Roma conoció un apoteósico desfile: «Cneo Manlio llevó en su desfile triunfal doscientas doce libras de coronas de oro, doscientas veinte mil libras de plata, dos mil ciento tres libras de oro, ciento veintisiete mil tetradracmas áticas (...); delante del carro fueron obligados a desfilar cincuenta y dos jefes enemigos. Repartió entre los soldados cuarenta y dos denarios por cabeza, el doble a los centuriones y el triple a los jinetes, y dio una paga doble» (Liv. 39, 7, 1-2). Había superado a todos los anteriores, y nada más elocuente ni más falsario que el desfile de jefes enemigos cautivos: se trataba de una campaña de saqueo sin mediar una declaración de guerra previa aprobada en Roma y comunicada al enemigo conforme a los protocolos oficiales.

Resulta complejo establecer tablas comparativas de equivalencias sobre componentes heterogéneos como los que aparecen en las sucesivas enumeraciones de los triunfos que se han consignado. Además se ciernen sobre ellas las dudas acerca de la fiabilidad de los datos, por mucho que Tito Livio estuviera consultando registros oficiales. De hecho pueden despertar más desconfianza por su transmisión que por su original exactitud.

Sin embargo, se puede establecer una elemental comparativa, cuyo valor debe considerarse más relativo que absoluto, que ilustra la evolución: en ningún caso se llegaron a alcanzar los 27.946 kilos de oro del botín de Tarento del año 209; en cuanto a la plata, que aparece como denominador común, los 6.162 kilos acopiados por Escipión en Cartagena y los 4.829 depositados en Roma al regreso de Hispania, no son comparables a los 41.414 con los que regresó de Cartago; pero entre plata en bruto y plata acuñada ya los superaba el botín hispano de Catón, que alcanzó 48.822 kilos a los que sumar los 181.818 de plata oscense. Hispania se tornaba, merced a sus minas, en reserva estratégica para el numerario romano. Salvado este factor de control productivo y retornando a los botines, el triunfo de Flaminio, con todo su boato y la diversidad de moneda acuñada, no resiste sin embargo las comparaciones en cuanto a plata: 6.128 kilos muy distantes de los 46.269 del botín siríaco de Lucio Escipión. Con 74.074 kilos, sin embargo, fruto de su controvertida campaña de saqueo, Vulsón marcó la cota más alta.

Otro indicador interesante radica en las soldadas: Escipión marcó un hito que costó superar al destinar 400 ases de recompensa, pero Flaminio llegó a 250 ases, doblando además lo consignado a centuriones y triplicando a los jinetes, lo que se convertiría en práctica habitual posterior. La cantidad fue análoga en lo entregado por Lucio Escipión, aunque con un matiz relevante, pagó, no con ases de bronce, sino con plata, lo que seguramente no resultó demasiado práctico para la tropa pero enalteció a su general, que además dobló la paga. Solo Vulsón los superó a todos, incluso los 400 ases del Africano tras conquistar Cartago, al entregar 42 denarios de plata —420 ases—, y volver a doblar la paga.

Con todo, no es de extrañar que la tropa expresara su contento, pero de una manera que según Tito Livio, denota quizá más inteligencia y socarronería que la del propio general: «Desfilaron detrás del carro muchos de todas las graduaciones galardonados con recompensas militares, y los soldados cantaron al general unos versos de tal naturaleza que se deducía con toda evidencia que iban dirigidos a un jefe complaciente y deseoso de popularidad, y que la celebración del triunfo contaba más con el favor militar que con el popular» (Liv. 39, 7, 3). Bien pagados y recompensados, los soldados expresaban su agradecimiento, reportaban lo que se esperaba de ellos, pero en lo que trasmite Livio, y en lo que se aprecia de la trayectoria posterior de Manlio Vulsón, el derroche no le granjeó ni la censura del año 184, ni un segundo consulado al que podría optar diez años después del primero, ocupado en 189.

Sin embargo, en ese triunfo del año 186 había otros aspectos memorables para Tito Livio: «Fueron aquellos soldados los primeros en importar a la ciudad lechos de bronce, colchas preciosas, tapices y otros tejidos finos, y mesas de un solo pie, y aparadores, enseres que entonces se consideraban suntuosos» (Liv. 39, 6, 7). A la enumeración se sumaban las exquisiteces en los banquetes, convites amenizados con músicos, y la sublimación de la cocina de modo que «lo que había sido un servicio comenzó a ser considerado un arte». Si se le confiriera todo el crédito a Lucio Pisón, este sería el momento en que llegaron los primeros triclinios y mesas de un pie, y por tanto, el punto de aparición de la práctica de comer recostados entre los romanos (Plin. *Hist. Nat.* 34, 14), lo que obviamente es discutible a la luz de las decoraciones con escenas de banquete en las tumbas etruscas, pero no deja de consignarse que la tradición lo atribuía a Cneo Manlio Vulsón.

La *luxuria*

En este punto de su obra y del devenir histórico de Roma establecen Dión Casio (*fr.* 64) y Tito Livio la aparición de la *luxuria*: «El germen del lujo extranjero, en efecto, fue introducido en Roma por

el ejército de Asia».⁵ Queda asociado al inicio de la descripción del triunfo de Manlio, pero en realidad se relaciona con el ejército que retornaba del continente asiático, como lo hiciera dos años antes el que dirigía Lucio Cornelio Escipión (Val. Máx. 9, 1, 3). De hecho, Plinio asegurará también que la introducción del lujo en Italia se debió al ejército de Asia y lo relaciona directamente con los vasos de plata cincelada y de oro capturados en botín por este general.⁶ El historiador Lucio Calpurnio Pisón incidiría también en que la *luxuria* entró en Roma con motivo de sus luchas contra los reinos helenísticos de la primera mitad del siglo II a. C. Otros autores como Polibio, Salustio o Veleyo lo retrasan unas décadas (Rosillo 2010:144). En todo caso, se trata de un concepto opinable, pero los triunfos de 188 y 186 marcaron un referente de proverbial riqueza asociada a unos botines de singular magnificencia, y en el intervalo que va de esos años a la batalla de Corinto, del año 146, se cifra la inmersión de Roma en la *luxuria* (Harris 1989:56).

Tres son los aspectos probablemente más inherentes a la *luxuria*: por un lado, las soldadas excesivas y los efectos que infunde el lujo en la moral de las tropas, algo de lo que por ejemplo se le culpó a Escipión en relación con las tropas acantonadas en Siracusa en 204 (Liv. 38, 51, 1); por otro lado, algo que de manera sutil recuerda Plinio cuando relaciona el lujo con los vasos de oro y plata incautados por Lucio Escipión en Asia (*Hist. Nat.* 33, 53) y que es más explícito en la narración de Livio: los lujos llevados a la vida cotidiana de una elite social por contaminación de costumbres. Este aspecto era inherente al botín de guerra llegado desde Siracusa en 212 y también en el de Tarento de 209. La alusión de Polibio a cómo los particulares adornaban sus casas con despojos de guerra no puede ser más elocuente (9, 10, 14): un mercado de objetos de lujo se había abierto seguramente.

Aunque en primera instancia los aristócratas y mandos del ejército llevaban a su casa trofeos singulares, el resto del botín que estaba en manos privadas circulaba y cabe suponer que los objetos artísticos

⁵ Liv. 39, 6, 7: «*Luxuriae enim peregrinae origo ab exercitu Asiatico inuecta in urbem est*».

⁶ Plin. *Hist. Nat.* 33, 53: «*Asia primum deuicta luxuriam misit in Italiam*».

salían a la venta. Pero con ellos llegaba algo más: un estilo de vida que modificaba las pautas de conducta en las facetas de representación de los domicilios aristocráticos o acomodados. Estatuas, lechos y muebles, cuadros, copas y vajillas de metal preciado, presuponen que dormitorios y comedores, jardines y atrios de la nobleza o la plutocracia romana, se iban a ver enaltecidos por enseres triplemente distinguidos: por su riqueza, por su valor artístico y por su procedencia, por su origen en suma. Se pasó a entender la calidad de vida en base a unas pautas de conducta foráneas que se verían cada vez más prestigiadas, aunque no dejaran de emerger voces contrarias. Se trataba de lo griego, de un helenismo cuyo valor se cotizaría al alza en una sociedad cambiante, que dejaría cada vez más atrás las ataduras a los valores tradicionales romanos, instilada por la cultura helénica en el arte, en la cultura y en la vida cotidiana a través de enseres y esclavos. Solo de Tarento se enviaron a Roma treinta mil cautivos y Agrigento fue esclavizada (Liv. 26, 40, 13); en África se hicieron más de dieciocho mil prisioneros, según Apiano (*Sobre África* 15; 23; 26, 36, 48); en Macedonia se mencionan al menos cinco mil (Liv. 33, 10, 7)...

El tercer aspecto de los botines, el más tangible en las enumeraciones, era más cuantitativo que cualitativo. Se trata de la riqueza, la ingente masa de metal preciado que se drenó hacia Roma desde cualquier parte de un naciente imperio por el que pasaban las legiones, y esto, devino especialmente claro en la campaña de expolio y saqueo que llevó a cabo Vulsón. Pero no fue excepcional. Durante la Segunda Guerra Púnica, se llegaron a movilizar hasta veinte legiones, a las que se sumó una guardia urbana de varias legiones integrada por veteranos, discapacitados y adolescentes no incorporados a filas. Hacia el final de la guerra el contingente de tropas descendió primero a dieciséis y más tarde a seis u ocho legiones (Keppie 1998:32). Para el año 190 se había engrosado ligeramente de nuevo, hasta once legiones con el fin de hacer frente a las guerras (Brunt 1971:422-434).

Sin embargo, lo que se incrementó de manera excepcional entre el año 200 y el 167, fue el número de triunfos, llegando a 39 (1,15 por año de promedio), casi el doble que el resto del siglo II hasta el año 90 a. C., en que solo se celebraron 46 (0,6 por año de promedio)

(Rich 1993:50). En la Roma de Vulsón y de Lucio Escipión, en los años de la escalada, escribiría Plauto en una de sus obras teatrales: «A esto se llama concluir felizmente una empresa, regresar, como regreso, victorioso y cargado de botín. Mi vida a salvo y la ciudad tomada por un engaño, traigo a la patria todo el ejército intacto. Pero, espectadores, vosotros no os extrañéis de que no celebre el triunfo. Está muy visto, no me interesa. Pero los soldados serán recibidos con vino mielado. Ahora voy a llevar al cuestor todo este botín» (*Báquides* 1070-1074). Plauto ha condensado cómicamente las esencias de los botines: saqueo de ciudades, devaluación de triunfos, soldados comprados y agradecidos, y un sospechoso personalismo en la gestión del botín antes de entregarlo a las arcas públicas.

Una economía de guerra

La guerra se había convertido en una actividad sostenida en el tiempo. Poco importa ahora si se trataba de una iniciativa predatoria de captación de recursos por botines, o un modo de alcanzar prestigio militar y político, o si más bien era efecto de una estrategia imperialista o quizá del arbitraje internacional en el Mediterráneo del nuevo orden. Finalmente todos los factores estaban en juego simultáneamente en mayor o menor medida, pero hay algo sorprendente en todo ello: a pesar de las masas de metal ingresadas por la vía de los botines, susceptibles de ser acuñadas en moneda, la guerra se nutría a sí misma en buena medida, y si hemos de hacer caso a Tito Livio, solo tras el retorno de Vulsón le fue posible al Estado saldar la deuda contraída en aquel lejano empréstito forzado del año 210, a menos que el escritor se refiriera a la devolución del impuesto doble que se hizo pagar en el año 215 (Nicolet 1976b:215). En todo caso viejas deudas. En el año 195, el dinero que se exigió a pontífices y augures porque no habían tributado durante la guerra, no habría bastado para la devolución (Liv. 33, 42, 3-5). Decía Tito Livio después del triunfo de Vulsón que «se dispondría del dinero llevado en el triunfo para abonar la parte del préstamo hecho por el pueblo al Estado que no

hubiese sido reembolsada con anterioridad. Los cuestores urbanos pagaron puntual y escrupulosamente al veinticinco y medio por mil» (Liv. 39, 7, 4-5). Si se tiene en cuenta que en el año 200 se cedieron terrenos del *ager publicus* a una renta irrisoria para aliviar la deuda, y que cinco años después se intentó saldar, aunque no fuera posible, se habrían tardado veinticinco años en liquidar la deuda contraída y eso explica que se pagara el interés indicado, el equivalente a lo que el Estado requería en concepto de *tributum* anual, establecido en un uno por mil (Franck 1975:79, 136; Harris 1989:69). En todo caso, la operación, mediando pagos parciales anteriores y cesión de tierras, no parece desventajosa para los accidentales y forzados prestamistas, las capas adineradas de los *ordines* superiores, que en su momento compitieron por constar en las listas del registro con cantidades al alza.

Durante tres décadas Roma había estado sumida en una economía de guerra de doble ciclo: la primera etapa había sido de crisis, especialmente intensa en los momentos iniciales, cuando fue preciso primero, en el año 216, recurrir a la ayuda de Hierón de Siracusa (Liv. 23, 21, 5-6; 23, 38, 12), y más tarde doblar impuestos, exigir liturgias —años 215-214— e instar entregas de dinero reembolsable para la flota —el año 210—. A partir de ese año, la información disponible no recoge exacciones mayores, tal vez por el alivio de la llegada de los primeros botines procedentes de Siracusa, Capua, Tarento o Cartagena —entre 211 y 209—, y más tarde Hispania —en 206—. Es en el año 204, cuando se empezó a hablar de devoluciones a cinco años, cuando la tendencia habría comenzado a cambiar, y se asumieron compromisos a cinco años, pero nueve años después no se había saldado la deuda, que solo pudo resarcirse en el 186. El ciclo expansivo alcanzaba entonces su apogeo, con amplias extensiones de *ager publicus* y con unas arcas saneadas merced al aporte de botines, indemnizaciones de guerra y explotación de minas de plata.

Considerando la cuantía global, imponderable pero ingente, de los ingresos por estos conceptos, resulta difícil entender por qué se tardó tantos años en pagar. Los gastos de sostenimiento anual de una legión se han calculado en 2,4 millones de sestericios (Brunt 1971:411) y para el *tributum* o impuesto directo anual sobre las pro-

piedades de ciudadanos se ha estimado durante la Segunda Guerra Púnica una recaudación de 3,6 millones de sestercios o inferior (De Sanctis 1917:2.623-31). Se trata de aproximaciones que demuestran, considerando el esfuerzo de movilización de tropas, que Roma incurrió en un endeudamiento muy elevado, pero hay otro factor de incertidumbre muy importante: ¿realmente la totalidad de los botines ingresaba en las arcas del Estado? ¿Se detraía de ahí el pago de soldadas después o antes? Hay un evidente margen de discrecionalidad en la gestión del botín por parte de los generales, que alcanza a aspectos tan pautados como el pago de la tropa. Si esto era potestativo, ¿qué cabe pensar de la gestión del botín? En el año 171 a. C., cuando se están reclutando tropas para la Tercera Guerra Macedónica, dice Tito Livio que hubo muchos voluntarios porque se sabía que los veteranos que «habían servido en la antigua campaña macedónica o contra Antíoco en Asia se habían hecho ricos» (Liv. 42, 32, 6).

